



Mariana Enríquez (2014)

*La hermana menor. Un retrato de
Silvina Ocampo.*

Chile

Ediciones Universidad Diego Portales

217 páginas

Reseña sobre *La hermana menor, un retrato de Silvina Ocampo*, de Mariana Enríquez.

Rocío Sadobe¹

Mariana Enríquez, escritora y periodista argentina, publica por primera vez *La hermana menor, un retrato de Silvina Ocampo* en el año 2014 en Chile, bajo el sello de

¹Graduada de la UNMDP del Profesorado en Letras para el 3er ciclo EGB y polimodal. Estudiante de la Licenciatura y Profesorado en Letras. Integrante del grupo de investigación "Cultura y Política en Argentina", dirigido por la Doctora Mónica Bueno. Ayudante alumno de la cátedra de Literatura y Cultura de Argentina II, departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Contacto: sadoberocio@gmail.com

Ediciones Universidad Diego Portales, a pedido de Leila Guerriero,² y para conformar la colección *Vidas Ajenas*. En junio de 2018, el libro fue reeditado por Anagrama y ha logrado una mayor difusión en nuestro país, ya que los ejemplares de la primera edición no circulaban con facilidad. No hay diferencia entre ambas ediciones, no se ha agregado, corregido o quitado material.

El volumen sigue en orden cronológico la vida de Silvina Ocampo, y hay capítulos que van estructurando la historia a partir de sugerentes títulos: “Yo quiero que me quieran”, “Florecían rulos de sangre”, “Lo odié por causa de un perro”, “Ve cosas que ni el diablo ve”, “Siempre jugué a ser lo que no soy”. La producción de esta biografía implicó un arduo trabajo de investigación de la vida privada de una escritora que tantos comentarios ha generado en su época, y para ello, fueron fundamentales los testimonios de aquellos que la conocieron: Jovita Iglesias, María Esther Vázquez, Elena Ivulich, Noemí Ulla, Ernesto Montequin, entre otros. Además, otros nombres de relevancia aparecen, Victoria Ocampo, Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges son tres sombras recurrentes en el trabajo de reconstruir a Silvina Ocampo, sin embargo, Enríquez no permite que éstas eclipsen su labor, y queda en claro en todo momento cual es el objetivo del libro.

Desde el primer párrafo de la biografía, la autora nos presenta a una Silvina niña que huye y se esconde, que se aísla y busca pasar desapercibida. Esta imagen inaugural nos va a acompañar a lo largo de toda la lectura, Silvina es la hermana menor y a lo largo de toda su vida, nunca deja de serlo:

Silvina se trepa al cedro del parque por la tarde, cuando la familia duerme. Es verano y todas las ventanas de la casa están cerradas, para que no entre el calor. Si los mayores supieran que está ahí, sentada sobre una rama, comiendo terrones de azúcar con limón, la harían bajar y la castigarían. O quizás dejarían pasar la travesura: Silvina es la hermana menor de seis hermanas, sus padres están cansados de criar hijas. (2014: 9)

La biografía es intensa y avasallante, no da tregua a los lectores, presenta en simultáneo los datos de la vida privada, la infancia y los recuerdos a la par de los textos publicados sobre Silvina. Se la delinea solitaria, ingeniosa y siempre bondadosa con los empleados de su familia. Enríquez reconstruye las postales de una vida al margen, a partir de variados insumos: fotografías, testimonios, cartas, publicaciones, notas, pero también

²Periodista, escritora y editora argentina.

teniendo en cuenta la narrativa de la autora. La biografía se escribe a la par que se lee su obra, por tal motivo este libro invita continuamente a volver sobre los textos de Silvina Ocampo, a leer y releer cuentos y poemas para reinterpretarlos a la luz de los datos biográficos. Las citas y las referencias abundan notablemente, el trabajo de investigación de Enríquez reconstruye, a partir de múltiples voces, la vida de una mujer que supo guardar muchos secretos y generar misterios que aún hoy no se logran resolver.

La niña Silvina que se nos presenta es la oveja negra de la familia. Excluida por la diferencia de edad del núcleo que conformaban sus hermanas, ella pasa su tiempo entre los empleados domésticos de la casa y los mendigos que pasaban cada tarde. Amable y humilde, siempre los trató de igual a igual. Enríquez insiste en el amor que sentía por ellos, aunque también subraya que “Nunca en toda su vida, ese amor se transformará en algún tipo de conciencia política o de acción social concreta” (2018: 11) y es que la buena posición económica de sus padres la mantuvieron alejada de las preocupaciones cotidianas de los sectores más pobres de la ciudad.

Se inicia entonces un recorrido sobre la hermana de Victoria Ocampo, sobre la esposa de Adolfo Bioy Casares, sobre la amiga íntima de Borges, pero no es suficiente, Enríquez insiste en visibilizar a la mujer que hay detrás de todos esos rótulos. Nos recrea entonces las dependencias domésticas de las enormes casas en que vivían, las vacaciones en Mar del Plata, los viajes a Europa, pero también lo íntimo y lo privado, y nos obliga a volver a *Viaje Olvidado* (1937) para conocer una infancia “deformada y recreada por la memoria” (2018, 15).

Antes de profundizar en la vida literaria de Silvina Ocampo, Enríquez redescubre a la pintora, “todos la recuerdan dibujando, todo el tiempo y en cualquier superficie, y sus dibujos están dispersos por toda la ciudad y el país” (2018: 19). Cuando tenía 26 años y luego de la muerte de su padre se fue a París a estudiar pintura, diseño y dibujo. Este periodo es el más difícil de reconstruir para Enríquez, y por lo tanto da lugar a las especulaciones “¿a dónde iría Silvina en esos días cuándo desaparecía y nadie sabía de ella? ¿Al encuentro de algún amante o a vagabundear, a pasear, a recorrer la ciudad? Es un misterio” (23). A falta de datos y testimonios, Enríquez se permite reflexionar, y sus interrogantes se vuelven aún más interesantes en los episodios que Silvina se esforzó en ocultar.

Un hito importante en la biografía es el matrimonio en 1940 entre Silvina y Adolfo Bioy Casares, ya que fue, sin duda, una de las decisiones más determinantes para el resto de su vida. El mismo año en que se casan, Bioy alcanza un gran reconocimiento por su labor literaria y su fuerte presencia y ego ubican nuevamente a Silvina en el rol de “la menor”. Pero, como se refirió anteriormente, no todo son testimonios, datos exactos y evidencias. Enríquez filtra en su libro todos los rumores que circulaban sobre ella, y estos principalmente están relacionados con su sexualidad y el tipo de relación “abierta” que mantenía con su esposo. Bioy fue su único marido, y estuvieron juntos desde 1940 hasta 1993, año en que ella falleció, durante todas estas décadas se han conocido múltiples amantes que fomentaron la fama de seductor y mujeriego de Bioy, fama de la que Silvina estaba al tanto, y relaciones que ella consentía. Sin embargo los amoríos de Silvina no están documentados, difícilmente existe evidencia de ellos -en el caso de Bioy cartas, postales, testimonios e incluso su propio diario dan fe de ello- pero Silvina es mucho más reservada: ¿era bisexual?, ¿mantuvo una romance con Alejandra Pizarnik? ¿Antes de casarse fue amante de la madre de Bioy? Sin lugar a dudas el misterio se acentúa cuando en los rumores aparece el incesto y la sobrina de Silvina, Genca. Se sabe que ella fue amante de Bioy durante algunos años, pero ¿también de ella? La biógrafa nos permite a los lectores sacar nuestras propias conclusiones en este punto, a partir de las diferentes versiones contradictorias que recaba con amigos, periodistas y estudiosos de la pareja.

Por otro lado, ampliamente conocida es la estrecha relación que mantuvieron Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. No solo fueron compañeros de trabajo sino que tenían una fuerte amistad. Borges frecuentaba la casa del matrimonio a diario cuando vivían en Buenos Aires y en ocasiones vacacionaban juntos, pero con Silvina el asunto no era igual de fluido. Enríquez señala que generalmente entre la escritora y Borges existían asperezas y el trato no era siempre cordial, pero también nos acerca pequeños recuerdos que dejan vislumbrar los momentos vividos como amigos:

Cuando eran jóvenes, Silvina y Borges compartían caminatas por los barrios de Buenos Aires. Él le decía: <<esta noche tenemos que perdernos>> Llegaban hasta el puente de Constitución, al sur; en ese barrio Silvina ubicó uno de sus mejores cuentos, “La casa de azúcar”. Contaba Silvina: “durante años hemos paseado por uno de los lugares más sucios y lóbregos de Buenos Aires: el puente Alsina. Caminábamos por las calles llenas de barro y de piedras. Allí llevábamos a nuestros escritores amigos. No había nada en el mundo como ese puente.”(...) ¿Por qué recordaría Silvina estos paseos por barrios casi suburbanos entonces, lejanos,

tristes? A lo mejor porque era el momento en el que compartían esa sensibilidad límite, cuando hubo un atisbo de complicidad. Cuando lo sintió más cerca. (2018: 65)

El “retrato de Silvina Ocampo” se delinea párrafo a párrafo, capítulo a capítulo. La descubrimos como hija, como hermana, como amiga, como esposa, como pintora, como escritora. Su imagen se va contorneando pero no es definitiva, ya que presenta varios puntos oscuros, y por momentos se desdibuja. Por tal motivo, Mariana Enríquez prefiere no presentar su texto como una biografía acabada sino como un “perfil biográfico”, sin pretensiones de totalidad, y con la intención de brindar una nueva mirada sobre esta figura emblemática de la literatura argentina, que ha sabido hacer de su vida un interesante misterio.

Bibliografía:

Enriquez, Mariana (2018) *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*. Anagrama, Barcelona.